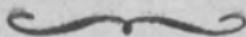


ANDRÉS,

POR

ALFONSO KARR.



VALLADOLID:

Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez,
Libreros de la Universidad y del Instituto.

1880.

ANDRÉS

1808

ALFONSO KARR

VALLEJO

1808

ANDRÉS.

I.

ANDRÉS Á HUBERTO.

Malditos sean los poetas con su hipócrita afición á los campos, á la naturaleza, á la soledad y á las flores. Te confieso francamente que en el curso de mi vida, me han engañado varias veces, y que cuando tomé la resolución de venir á pasar aquí la primavera, me había formado un cuadro ideal y seductor en extremo de los placeres campestres y de los dulces ocios del retiro.

Yo me había figurado una morada risueña, una casita blanca con persianas verdes, y rodeada de un jardín. Desde las ventanas se estendía á lo lejos la vista por el jardín y mas allá por el espeso monte. Cuando llegó Rosa se puso á saltar de gozo y me abrazó. Corria por todas partes con alegría infantil, y du-

rante una semana hemos visitado todos los pascos y recorrido todos los parajes del monte cubiertos con su enramada bóveda y alfombrados de misgo y flores. Bebíamos leche, y rebuscábamos entre la yerba los perfumados lirios de los valles; nos desgarrábamos las manos en los espinosos rosales silvestres por coger su primera flor débilmente coloreada. El primer día de lluvia nos sacó de este encanto. Entonces hemos echado de menos los teatros y el café inglés; y desde este día hemos pasado muchos completamente fastidiados que hicieron nacer algunas desavenencias entre Rosa y yo. Las mujeres no tienen mas que un culto, una creencia, que es *su gusto*. Su gusto es sagrado; todo lo sacrifican á él con el mas admirable heroismo. Rosa no quiere comprender que para mí es imposible vivir en Paris. Yo no me atrevo á decirle que en dos años he gastado por ella algo mas de doscientos mil francos, los cuales componian el único resto de mi patrimonio; que mi sola esperanza se cifra en la herencia de un primo, herencia que hasta ahora no me ha producido mas que un litigio dispendioso, y que los pocos créditos inciertos que me faltan que cobrar constituyen todos nuestros recursos hasta la conclusion de este malhadado pleito. Ella asegura que se morirá de fastidio antes de quince días si no la saco de aqui. De manera que no sé qué hacer. No conozco á nadie en este pais, y de consiguiente no la puedo ofrecer la menor distraccion. Sin embargo, un solo vecino que teniamos nos ha proporcionado algunos ratos de buen humor. Este vecino puede decirse que es una bata de casa coronada de pieles. Pues el suponer nosotros que dentro de ellas vá envuelto un cuerpo y una cara, es solo por induccion, porque no hemos podido descubrir hasta el presente mas que las susodichas prendas. El ente de que te hablo posee un jardin muy lindo y perfectamente cultivado, y unos cuantos perros de caza que son los mas bonitos que

he visto. Desde nuestras ventanas dominamos enteramente su posesion. Parece un hombre muy insociable; ni una sola vez ha saludado á Rosa, ni aun parece haberse apercebido de que tiene por vecina á la muchacha mas bonita de Paris.

Rosa está picada y ha imaginado arrojar desde nuestra ventana á las calles de su jardin desbrozadas con esmero un celemin de avena y cañamones para que, germinando con el sol, nazcan y formen de aquel el campo mas inculto y salvaje.

Hace un mes arrojó una caja llena de simiente de adormideras; con un puñado de ellas pueden nacer mas de cincuenta mil.

Esta mañana me llamó muy alegre diciéndome que ya empezaba á brotar cubriendo el paseo con su ramaje verde claro. Ahora ha creido que debía añadir grana de cebolla y zanahorias.

Hace algunas semanas que en este desgraciado jardin nace todo escepto lo que siembra el propietario, y él no sospecha la causa de semejante fertilidad.

Por último, me ha exigido esta loca que, espiéndome á un balazo del jardinero, bajase por la noche por medio de una escala que ella me tenia, y me entretuviese en pintar caprichosamente las cajoneras que rodean los granados y las adelfas.

Una ha sido pintada de negro con motas blancas; en otra puse la caricatura del vecino, y la tercera quedó adornada con fajas tricolores. Sin embargo, hace ocho dias que está ausente el dueño y no hemos podido disfrutar del inocente placer de hacerle rabiar.

Ten la bondad, mi querido Huberto, de ir á casa de mi agente é informarte si se puede esperar que el billete de tres mil francos que le remití sea pagado al instante.

II.

No me has respondido. No sabes lo que es aguardar una carta y una carta que debe terminar multitud de odiosas disensiones domésticas. Cuatro días ha que se ha establecido entre mi criado y yo una obstinada lucha. Me presentó su libro del gasto mensual; esto en mi situación era la hostilidad mas grande posible. Tomé el libro y no contesté. Seria imposible manifestar suficiente gratitud al criado que tuviese talento, ó mas bien corazon, para evitarnos estos humillantes conflictos. Pero esta gente por el contrario tiene un placer perverso gozándose con nuestro embarazo y tomando su revancha. Yo le prometo que no seguirá en mi casa.

Al día siguiente, el libro que habia dejado sobre la mesa sin abrirle, se encontró colocado encima de mis guantes, de tal suerte que no podia tomarlos sin tocar á sus detestables hojas. Le arrojé de mal humor en medio del cuarto y á la mañana siguiente estaba entre las solapas de mi frac en una disposición que al ir á ponérmelo cayó á tierra el dichoso cuaderno. Le cogí y le mezclé con otros libros.

Esta mañana he salido muy temprano; ya estaba dispuesto y me felicitaba de escapar una vez de la persecucion de mi enemigo y de su memoria, cuando al ponerme el sombrero senti que me caia en la cabeza el maldecido objeto que estaba dentro.

Mañana parto para Paris. Es indispensable que vuelva con dinero. No salgas de casa hasta que llegue; pasaremos el día juntos, y pasado mañana regresaremos al campo y permanecerás con nosotros todo el tiempo que puedas.

III.

UN DUELO

Las tiendas comenzaban á abrirse en las calles de Paris. No se oía aun otro ruido que el de los albañiles que iban á trabajar, y el pesado trote de los caballos de las lecheras que sentadas en sus carretas hacian sonar las cajas de hojalata que contienen su mercancia. Dejose oir un rumor menos compasado, un trote algo mas ligero sin ser mas vivo, un trote de dos caballos desiguales que venian por la calle de Grammont, y á poco rato apareció un carruaje. Detúvose delante de una puerta en que estaba ya parado otro semejante. En el que llegaba venian dos jóvenes; el uno se apeó, entró en la casa y volvió á salir algunos instantes despues.

—Cochero, á Montmartre.

Subió en el carruaje que se puso en marcha. Entouces dijo á su compañero:

—El negocio está arreglado. Pistolas; á veinticinco pasos; ¡veis marchando hasta los diez. El sitio es Montmartre; los contrarios vienen detrás.

El dia antes, segun su promesa, habia llegado Andrés á Paris, y no encantrando á su agente de negocios, se fué al teatro con Huberto. En las noches perfumadas del estio es difícil decidirse á entrar en un teatro lleno de vapores sofocantes, á menos que no se busque un contraste con objeto de aumentar el placer de la frescura que se sentirá á la salida. En una palabra, en el estio no se puede buscar en el teatro ningun otro goce razonable sino el de salir de él.

En medio de la apretura recibió Andrés un pisoton de un hombre, y no respondió á esta indirecta sino con juramentos é invectivas.

Huberto, por el contrario, se echó á reir: el desconocido se enfadó y le dió una tarjeta. Andrés le entregó otra suya.

—¡A fé mia! dijo á Huberto segun marchaban; es difícil tener un desafío mas ridículo. Verdaderamente no me siento con ningun deseo de derramar la sangre de mi contrario, y este negocio nos hace perder un tiempo precioso

—Yo no sé, decia el adversario en el otro carruaje, por qué este calavera desea batirse por semejante bagatela, haciéndome faltar á una caza de codornices que tenia proyectada con unos amigos.

En lo alto de la cuesta se detuvieron ambos carruajes.

Huberto y el otro testigo se reunieron. Andrés siguió marchando, y *su enemigo* iba detrás á unos veinte pasos.

Despues de algunos instantes de diálogo se detuvieron en un llano cerca de Clignancourt, midieron los pasos y cargaron las armas.

Entonces se aproximaron uno á otro los adversarios.

Andrés, considerando al suyo, parecia muy sorprendido, y dijo:

—Mas aquí hay un extraño *quid pro quo*: el señor no es el sugeto con quien yo me desafié.

Y el otro repuso:

—Pues tampoco es Vd. con quien yo cambié mi tarjeta anoche.

—¿Era, dijo Andrés, á la salida del teatro del *Vau-deville*?

—Sí.

—¿Me habeis dado un pisoton?

—Es decir, vos sois quien me pisó á mí.

—No tal.

—Perdonad, pero...

—Sois vos.

—Sois vos.

—Es igual, concluyó Andrés; tuvimos una disputa y nos citamos para hoy.

—Justamente.

—Entonces no hay error; sin embargo, yo os creía un poco mas bajo.

—Y yo os tuve por mas grueso.

—Vamos, señores, dijo Andrés, las armas.

Las armas, repitió sir John.

—Esperad, insistió Andrés sacando una tarjeta del bolsillo:

Sir John Knitt. Esg.

—Soy yo.

—Entonces en guardia.

—En guardia.

Contáronse los pasos, y los adversarios se hallaron frente á frente.

Andrés se abotonó el frac para cubrir su chaleco que hubiera podido perjudicarle por su color, y dijo:

—Tirad, sir John.

—Yo no tiro jamás el primero, contestó este. Tirad vos, M. Brasseur.

—¿Cómo, exclamó Huberto, M. Brasseur?

—¿M. Brasseur? repitió Andrés

—M. Brasseur, insistió sir Knitt.

Y buscando en el bolsillo del chaleco, sacó una tarjeta y leyó:

M. Paul Brasseur.

—No soy yo, dijo Andrés.

—No es él, apoyó Huberto.

—Con efecto, dijo sir John, mi hombre era bastante mas grueso.

—Y el mio bastante menos.

—Tenia pelo rubio y bigotes, y nosotros no tenemos ni uno ni otros.

—Así era mi contrario.

A fuerza de esplicaciones se acabó de comprender que despues de una disputa y un cambio de tarjetas con sir John, M. Paul Brasseur habia tenido otra disputa semejante é igual trueque con Andrés, al cual, en lugar de dar su propia tarjeta, habia entregado la de sir John que acababa de recibir.

—Ha sido un error, dijo Huberto.

—Acaso sea un rasgo de ingenio y de buen sentido, contestó sir John; él habrá pensado que si se encontraban dos hombres bastante locos para tomar por lo sério tan pequeña controversia, ellos entre sí debian batirse. Señores, continuó saludando á Andrés y á Huberto, os suplico me perdoneis por haber hecho levantar tan temprano. Yo soy cazador, y en nada he alterado mi costumbre. Si quereis aceptar un desayuno en V... me hareis gran favor.

—Gracias, dijo Andrés, iremos, pero tendrá que ser dentro de algunas horas; yo tengo allí un pedazo de tierra, y este amigo ha de venir á pasar algunos dias en mi casa.

—Pues que sea mañana, dijo sir John.

Y dió á Andrés otra tarjeta, en la cual escribió con lápiz las señas de su vivienda en el campo.

Apretáronse las manos y se metieron en sus respectivos coches.

—Lance singular, dijo Andrés, mi enemigo de hoy no es otro que mi vecino á quien por primera vez he visto desembarazado de su bata y de su gorro de pieles.

En este momento Huberto echó mano al reloj y quedó como pensando en dónde le habia dejado.

—Andrés, ¿qué hora es?

Andrés hizo el mismo movimiento, é indicó con ademán semejante la misma incertidumbre.

—No importa, han pasado cuatro horas desde que tomamos este coche. ¿Traes dinero?

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

—Con tal que yo encuentre á mi agente de negocios.

—Cochero, mas vivo.

Y el cochero dió un latigazo á cada caballo.

El agente de negocios estaba en su casa; pero el cobro del billete era difícil. Le habia costado gran trabajo obtener una casi promesa para conseguirlo algunos dias despues.

Huberto y Andrés, al subir de nuevo al carruaje, se miraron sin hablar.

—¿A dónde vamos? dijo el cochero.

—A donde nos habeis recibido.

Los dos amigos hicieron un paquete con sus ropas y fueron á empeñarlas; en seguida partieron alegremente para el campo.

Nosotros hubiéramos debido titular este capítulo: Relacion circunstanciada del grande y memorable combate que no tuvo lugar entre Andrés y sir John Knitt. Esg.

IV.

LOS CRIMENES DE BLACK.

Al entrar sir John en su casa, fué recibido por el jardinero, que le dijo:

—¡Ah, señor! Black ha hecho otra vez de las suyas.

—Decididamente, contestó sir John, el tal Black es un animal pernicioso.

—Sí señor, se ha metido en el corral y se acaba de comer cuatro conejos.

—¿En el corral? ¿y cómo ha entrado allí?

—Eso es lo que no se comprende á no verlo, y lo que aun asi se resiste uno á creerlo. Ha roído la puerta de roble y pasado por ella.

—¡Cuatro conejos! ese Black es verdaderamente terrible, dijo sir John; ¿cómo se ha atrevido á comer la caza? ¡él, que es el mejor cazador de toda la Escocia!

Black era en efecto uno de esos hermosos perros escoceses de pelo leonado basto como las cerdas de un jabali, y sin embargo tan liso y sentado que se distinguia perfectamente el movimiento de los músculos, era un montañés de patas largas y finas, de ojos vivos y animados como los de un caballo árabe.

Pero hacia tiempo que no se hablaba de otra cosa que de sus fechorias; y el jardinero, asi como los otros criados, cada dia contaban nuevos y calamitosos sucesos.

Black comia los conejos en la misma conejera; los huevos y los pollos en el gallinero; se introducía en la despensa, quebraba la vajilla y se llevaba las tostadas de manteca y el solomillo de vaca reservado para el desayuno.

Ultimamente se habia comido un par de botas y los arreos de un caballo; las puertas mas fuertes no le detenian, y para hacer ganas se ponía á roerlas; ni la bestia Gevaudan, ni el jabali muerto por Melagre, hicieron tantos destrozos como el perro de caza de sir John.

Habia ya tal costumbre en la casa de achacárselo todo, se le creía capaz de tales cosas, que si un *rosbif*

estaba quemado, el cocinero decia: Black tiene la culpa, porque tuve que acudir á la crema que queria comerse, y en tanto se echó á perder el guisado.

Si las plantas de guisantes se helaban, si el vino de Burdeos estaba demasiado frio, ó el de Champagne no estaba lo bastante, si el té salia poco cargado ó muy fuerte, si las botas de sir John le apretaban, si la comida no se hallaba dispuesta á la hora ordinaria, siempre habia medio de atribuírselo al pícaro Black.

El pobre animal recibia severas correcciones; pero parecia poco sensible á los latigazos, porque si al dia siguiente de haberle castigado preguntaba sir John por qué no le servian pichones, el mayordomo respondia:

—No hay pichones, se los ha comido Black.

—Es preciso encerrarlos en el gallinero.

—No hay gallinero; Black le ha destruido.

Al siguiente dia por la mañana los dos amigos se presentaron temprano en casa de sir John Knitt. Este estaba levantado y pronto á partir. Los criados ofrecieron á Huberto y á Andrés escopetas y morrales. El equipo del dueño de la casa era de lo mas completo que podia darse. Los ingleses tienen instrumentos para abrocharse los botines, y otros instrumentos para reparar los útiles de abotonar los botines. Un inglés que vá á pasear con caña se hace seguir de una galera llena de equipaje.

De repente cayó un perro por encima de la tapia; era Black, á quien habian encerrado, pero que al oír el movimiento de las gentes en la casa, conoció que se trataba de ir á caza. Habia saltado por una ventana rompiendo la vidriera, y tenia el hocico ensangrentado; despues de caer en el primer pátio estaba separado del segundo, en el que se hallaba su amo, por una tapia. Se encaramó sobre una carreta y se arrojó á ciegas. Entonces empezó á chillar y ahullar de alegría. Acababa de distinguir el traje de caza y los botines

de sir John, y los habia reconocido: indudablemente se trataba de cazar; sus ojos lanzaban miradas de alegría, iba á la puerta, se volvía para ver si le seguían, y ahullaba tristemente.

Pero sir John le dijo con seriedad:

—¡Black, á la perrera!

El pobre Black fijó sobre su amo una mirada sumisa y obediente, y se marchó rastreándose con la cola entre las piernas hacia una puerta que le abrieron. Allí se volvió y dirigió al inglés otra mirada de reconvencion y de súplica; despues entró y cerraron la puerta.

Hasta la salida de los cazadores permaneció triste, echado sobre la paja con la cabeza metida entre las manos; despues que oyó cerrar las rejas lanzó un ahullido sordo, y continuó así hasta la vuelta de su amo.

Nada es tan interesante como el dolor de un perro, porque hay completa seguridad de que está exento de afectacion, de que no es una máscara ni un adorno, porque su tristeza es franca y natural.

No pienso hacer aqui la descripción de una caza de codornices. Los cazadores la conocen muy bien; para los que no lo sean, ningun interés ofrecería.

Solo me limitaré en este propósito á citar un libro impreso en 1788.

«Cuando llega la época en que las codornices pasan para volver á Africa, es decir, á fines de Agosto, se hace en las cercanías de Marsella una cosa *muy agradable*. Se tienen preparados machos de esta ave, a los cuales se cuida de *dar poco de comer*; en el mes de Abril se les *quita la vista*, pasándoles ligeramente por los ojos un alambre ardiendo; en el mes de Mayo se les *despluma* por las alas, la cola y el lomo, etc. etc.»

Sir John y Andrés se lleva on los honores de la caza. Huberto no mató nada, pero supo alegar una razon suficiente á cada tiro inútil. La pieza pasaba muy

lejos ó demasiado *cerca*. La pólvora estaba *húmeda*, la munición era *gruesa* ó *desigual*. En algunos le daba el sol de frente. Otras veces le había hecho tropezar alguna raíz ó arbusto.

En un descanso tomaron los tres amigos un excelente almuerzo, y en seguida volvieron á ponerse en marcha. El calor era insoportable; veíanse subir desde el horizonte al cénit grandes nubes negras, rodeadas de una ligera franja cenicienta. Parecía que el cielo se iba á aplanar sobre la tierra para destruirla. A poco rato se sintieron caer gruesas gotas, y las nubes se desgarraron en agua. Sir John no quería retirarse, y aseguraba á sus compañeros que aquello no era mas que *una nube*. Mas la nube parecía una cúpula de plomo que abrazaba todo el cielo, y se presentaban indicios de que continuaria lloviendo siempre hasta el fin de los siglos.

Decidieronse á suspender la caza, y anduvieron dos leguas envueltos en una inmensa catarata. Al llegar á su puerta, dijo sir John á los dos amigos;

Id á mudaros de ropa y volved pronto á comer.

V.

DE QUÉ MODO DIERON CIMA Á UNA COSA IMPOSIBLE ANDRÉS
Y HUBERTO.

Huberto y Andrés entraron en casa de este último sin decirse una palabra. Rosa los esperaba á la ventana, y los recibió riendo á carcajadas.

—Así es, dijo ella, como deberian concluir todas las partidas de placer en que son incluidas las mujeres.

—Querida Rosa, la contestó Andrés, todavía no has visto mas que la menor parte de nuestros infortunios.

—¡Y bien! ¿qué piensas hacer? dijo Huberto.

—¿Y tu?

—Ese encaprichado cazador nos ha dicho que ven-gamos á mudarnos; tú sabes perfectamente que no poseemos otros vestidos que los que nos cubren.

—Mejor dirias que no nos cubren.

—Eso es, chancéate ahora... Y en vez de oponer-nos como verdaderos espartanos respondiéndole que algunas gotas de agua que nos habian caido no nos incomodaban nada, te dirigiste desde luego á tu casa y yo tuve que seguirte. Nada le costaba á ese condenado de cazador el decir: idos á mudar; pero no es lo mismo que nosotros podamos hacerlo.

Rosa mandó encender una buena lumbre y se retiró.

—Por el pronto, dijo Andrés, vamos á mudarnos de camisa, y luego retorceremos y pondremos á secar la ropa exterior.

—Pues tenemos operacion para cuatro horas.

—Entonces solo nos queda otro espediente; escribir al inglés que habiéndonos puesto repentinamente malos, le rogamos nos disimule que no vayamos á comer con él.

Púsose á escribir la carta. Cuando la iba á entregar al portero, le detuvo Huberto.

—¡Nos hemos salvado!

—¿De qué manera?

—A la verdad, es agradable ponerse vestidos bien secos y lustrosos en vez de conservar estos empapados y hechos pedazos; pero no es solo por el interés de comodidad por lo que tenemos precision de cambiarlos, sino tambien por un interés de vanidad, para no dar á entender que solo poseemos un traje. ¡Ahora bien! si el primer objeto no puede conseguirse, es pre-

eiso contentarnos con el otro. Hé aquí la ropa retorcida y seca; yo me pondré la tuya y ponte tú la mía. La diferencia de color bastará para darnos la conveniente apariencia, y ambos habremos mudado de traje.

VI.

Comieron espléndidamente y concluyeron con un refrigerante ponche; llegó un momento en que habían bebido tanto, que se sintieron con mas ganas de beber que nunca.

Sir John acompañó á su casa á los dos amigos. Andrés mandó hacer otro ponche, y pasaron casi toda la noche bebiendo.

A la madrugada se retiró Rosa á dormir. Poco despues se apoderó de los bebedores una reciproca ternura, y se sintieron impulsados á descubrirse mutuamente sus corazones, refiriéndose los secretos mas íntimos que cada uno tenia.

Estas confianzas amistosas fueron interrumpidas por un gran estrépito que se dejó oír en casa del vecino. Era una mezcla de cloqueos de gallos y gallinas que corrian y revoloteaban en el pajar.

—Vamos, dijo sir Knitt, eso es que Black sigue haciendo de las suyas.

VII.

SIR JHON KNITT, CABALLERIZO, Á MADAMA ROSA DE
ANDRÉS.

«Señora:

»Mi perdiguero Black se ha entregado todavía la noche anterior á nuevos escesos tan atroces como los anteriores: yo he creído que debía poner un término á los crímenes que de mucho tiempo acá amontona sobre su cabeza. Consiguiente á esto, debe ser juzgado en la mañana de hoy delante de toda mi familia. Dignaos, señora, aceptar el desayuno que os ofrezco en mi casa, viniendo con M. Andrés y su amigo, y asistiréis despues al juicio, y segun indican por desgracia todas las apariencias, á la sentencia y ejecucion de Black.

»Tengo, señora, el honor de ser, etc.

JHON KNITT.

VIII.

LA VIRTUD ENCUENTRA SU RECOMPENSA TARDE Ó TEMPRANO.

Concluido el desayuno se hizo comparecer á Black. El pobre perro se puso á lamer á su amo. Sir John estaba conmovido.

—Black, le dijo, yo te he visto nacer, te escogi entre cinco hermanos y los otros fueron arrojados al agua; te he educado; te he instruido; te he proporcionado que caces tanto como puede desear un buen perro; no te he hecho correr en vano; cada vez que has señalado una victima, la has visto caer á tus pies; tu perrera ha estado siempre seca y bien aseada; todos los dias he cuidado yo mismo de que mudasen la paja del anterior; y tú, Black, en cambio de esto, te has hecho un asesino de pollas, un plagiaro de gallinero; tú no cazas ya mas que chuletas y solomillos de vaca. Yo no puedo conservar un perro tan desleal; finalmente, ayer has puesto el colmo á tu rapacidad. William, añadió dirigiéndose al jardinero, llévale al extremo del jardin, y que le ahorquen.

—;Hablais formalmente, dijo Rosa.

—Sí, señora.

William trató de llevarse al perro; pero él se escapó y se vino á echar á los pies de su amo, manifestando tanto miedo de separarse de sir John, como le hubiera tenido de morir si pudiese comprender su destino.

Sir John miró á su perdiguero tan hermoso, tan noble y lleno de vigor, tan osado y tan prudente á la vez, tan gran cazador, tan sumiso y cariñoso; si hubiera estado solo con él, sin duda le habria abrazado; mas la vanidad que ha hecho seguir á muchos el ejemplo de Bruto, le sostuvo; renovó la orden, y William volvió á coger á Black.

—Pero en resumen, preguntó Rosa, ¿cuál es ese horrible crimen cometido la noche pasada, y quién ha decidido el castigo del pobre Black?

—Señora, contestó William, se ha introducido en el gallinero y devorado cuatro pollas.

Rosa miró á William, y arrancó á Black de entre sus manos.

—Pobre Black, dijo, tú no morirás, estás bajo mi proteccion y la de la justicia.

—Sir John, añadió dirigiéndose al inflexible juez, Black es inocente; la noche pasada cuando estábais bebiendo en mi casa, oí mucho ruido en vuestro gallinero; aun no me habia acostado; me puse á la ventana y vi á vuestros criados retorciendo el pescuezo á las gallinas y haciendo un destrozo general. Black no estaba allí, él es el único inocente del crimen que se le atribuye, cometido por sus acusadores. He preguntado esta mañana á una mujer que me asiste, y ella me ha dicho todo lo que pasa en vuestra casa: los criados se comen las gallinas y los pichones, y le echan la culpa al pobre Black, que acaso no se permitiría roer los huesos. Black es un perro fiel y un buen cazador.

—¡Señora, señora! exclamó sir John muy conmovido, ¿estais segura de lo que decís?

—Preguntádselo á William que no osa mirar ni á vos, ni á mi, ni á su interesante víctima.

—¡Ah, bribon! ¡tú sí que serás ahorcado! prorumpió el amo de William.

No llegó á verificarse esto. Mas sucedió que una mañana, poco tiempo despues, precisado sir John á emprender un largo viaje, vendió sus caballos y regaló sus perros, escepto Black.

—Caballero, dijo á Andrés, vuestra mujer ó vuestra querida, que poco importa esto, ha salvado la vida á Black. Yo no puedo venderle ni regalarle como no sea á un amigo, hombre de bien, en cuya palabra me pueda fiar. Os entrego á Black con dos condiciones que vais á jurarme cumplir: la primera, que no dejeis por ningun pretesto que este animal propague su raza; si por acaso sucediese esto, hareis ahorcar ó echar al agua los perros que naciesen. Black es el último vástago de una bella casta escocesa. Yo conservo todavia en mis posesiones dos de sus hermanos, condenados

como él á un celibato rigoroso. No quiero que esta casta ande corriendo por las calles. En segundo lugar no le habeis de enseñar á que traiga la caza.

—¡Diablo! dijo Andrés.

—¡No le enseñareis á traer la caza! repitió sir John Knitt.

—Pero, amigo mio, repuso Andrés, será preciso que yo mismo la eche mano ó que persiga por los sembrados una perdiz desalada ó una liebre herida.

—Caballero, dijo sir John dando un paso atrás, ¿creeis que un perro como Black ha nacido para ser criado vuestro?

—Venid conmigo y le vereis cazar, añadió el caballero.

Cogió la escopeta, y seguidos de Black y de un sabueso, salieron al campo; anduvieron como una media hora.

De pronto paróse Black á olfatear y permaneció inmóvil.

Sir John sacó su caja de rapé.

—Ahi teneis á vuestro perro en acecho, dijo Andrés.

El inglés no respondió; abrió su caja de oro, tomó pausadamente un polvo, le saboreó, volvió á cerrarla y la guardó en el bolsillo.

En seguida echó á andar, levantóse una perdiz estraviada, é inmediatamente cayó hecha un ovillo. Black la vió caer y vino al lado de su amo que estaba cargando la escopeta.

Entonces el sabueso, que no habia olfateado antes, ni permitidose tomar parte en la caza, salió de detrás de sir John, fué á buscar la pieza, y la trajo á la mano; luego volvió á su puesto.

—Eso es un perdigon, dijo Huberto, que llegaba entonces.

—Querido amigo; contestó Andrés; siento mucho verte llegar para decir una necesidad.

Por la Ascension
No hay perdiz que no sea perdigon.
Por santa Beatriz
Cada perdigon es una perdiz.

IX.

Esta cita del adagio de los cazadores demuestra bien que se estaba en el mes de Octubre, y que no quedaba ya ningun pretesto que dar á Rosa para seguir habitando en el campo. Por otra parte, Andrés habia cobrado seis mil escudos, la mitad en metálico y la otra en valores á corto plazo. En Paris vivian como viven muchas personas, es decir, con un presente tan ocupado y angustioso que no deja tiempo para pensar en el porvenir.

Sin embargo, lo que hacia la posicion de Andrés mas y mas dificil eran sus deudas, cuyo número é importancia, en vez de disminuir, se habian ido aumentando despues de algunos años.

A cada instante tenia los encuentros mas desagradables; un zapatero le saludaba; un sastre que iba con su lio de ropa bajo el brazo le llamaba para hablarle.

Andrés, á la verdad, ponía el mayor cuidado en huir de las calles donde vivian sus acreedores; pero algunas veces quedaba vendido por la casualidad.

Habia un gran número de calles por las cuales no podia pasar; con frecuencia se veia precisado á dar grandes rodeos para ir de un punto á otro.

Si alguno le hubiese visto salir de la calle de San Lázaro, donde vivía, subir por la calle nueva de San Jorge, y pasar por la barrera Pigale, no hubiera sospechado que se dirigía á la calle de Mont-Blanc á casa de Huberto.

Sin embargo, llegaba á ella volviendo á bajar por la barrera de Clichy, evitando la calle de este nombre, tomando por la plaza de Europa, la calle de Londres, la de Rochez, atravesando la de San Lázaro por el otro extremo y siguiendo por la calle de Arcade y la de San Nicolás d'Antin.

Había para Andrés una legua y media desde la calle de Artois á la de Grammont.

Este punto del boulevard y de las calles adyacentes le había llegado á ser impracticable; los boulevares especialmente le presentaban en casi toda su línea grandísimas dificultades.

Paris era para él un inmenso *desierto*, por desgracia *demasiado poblado*.

Un día le dijo Huberto:

—Tú eras primer pasante cuando murió tu padre, ¿por qué no compras un estudio de abogado? M. Lenoir es un amigo antiguo de tu familia, y no puede tardar en retirarse de los negocios; vé á verle.

Andrés hizo una visita á M. Lenoir, que le recibió muy bien y adivinó al instante lo que tenía que decirle.

X.

M. LENOIR Á ANDRÉS.

«M. y Mad. Lenoir suplican á M. Andrés que les haga el honor de venir á su casa el viernes próximo. Habrá música.

»La reunion empezará á las ocho de la noche.»

Andrés, que habia estado ya dos veces en casa de M. Lenoir, no reconoció la habitacion, tantas eran las metamórfosis que habia sufrido para la solemnidad del día. El despacho y el comedor se habian convertido en salones. Las mesas, cajas y bufetes habian sido quitados del medio y estaban amontonados en el descanso de la escalera del piso superior y debajo de ella; aun no se habian logrado destruir del todo las señales de las obleas que hasta aquella mañana sostenian fijo en la pared en un anuncio encabezado así:

EN VENTA AL MEJOR POSTOR

en el estudio y por el ministerio de M. Lenoir, etc. etc.

Las cabezas de algunos pasantes que usaban mucha pomada habian dejado igualmente ciertas manchas en la pared; se percibia todavia en uno de los salones un olor subido á papel viejo, y en el otro cierto tufillo á cosas de comer; las mesas de juego se hallaban colocadas en el gabinete del abogado; el salon estaba

bonito y perfectamente iluminado; la alcoba de la señora servia de sala de descanso, y en ella nada habria que reparar, si no es una cosa, que no seria ni comprendida ni apreciada á causa de la costumbre general que tienen las mujeres de Paris de dejar penetrar á todo el mundo en su pieza de dormir.

En estas diversas habitaciones se hallaba reunida con corta diferencia tres veces mas gente que la que podian contener; era aquella una demostracion formal contra el axioma de que el continente es mayor que el contenido.

Todos los hombres llevaban frac negro y corbata blanca, traje que ha quedado de esclusiva propiedad para las gentes de palacio.

El salon principal estaba lleno de señoras sentadas todas alrededor, algunas de las cuales iban vestidas con elegancia; sin embargo, en el conjunto se notaba cierto aire provincial y amanerado.

Por lo demás, alli, como en toda reunion, la vista de una muchacha bonita se comparaba por la perspectiva necesaria de tres viejas, madre, prima y tia, que la tenian envuelta como la erizada cáscara de una sabrosa castaña.

La dueña de la casa tenia muy buena voz, y á pesar de esto dejaba cantar á sus convidadas y queria que lo hiciesen bien.

M. Lenoir era de buena presencia, y conservaba rasgos tan juveniles que á veces se inclinaba uno á creer que usaba polvos en el peinado y no eran las canas las que daban á su pelo un viso ceniciento; era hombre de bastante talento, del que habia perdido muy poco entre las gentes de la curia, las cuales habian tenido el raro desinterés de no quitarle mas que el que perdia.

Algunos hombres se habian escurrido detrás de las señoras, quedándose de pié apoyados en la pared sin esperanza de mudar de posicion en toda la noche.

Todas las puertas estaban obstruidas. En los otros salones se hallaban de negocios, de autos, de trampas legales y de la abogacía; casi todos los que habían concurrido eran abogados, escribanos y procuradores; echábase de ver algunos primeros pasantes por su particular elegancia, un chaleco de seda punzó que dejaba bastante descubierta una camisa de lienzo nada fino, prendida con un alfiler de piedras falsas, cuyo pseudo-diamante era casi tan grueso como un garbanzo, corbata de raso blanco, guantes verdes y medias de algodón.

Este desmesurado adorno, este lujo asiático no estaba mal visto; se sabe que es indispensable á un primer pasante hacer un buen matrimonio para pagar el oficio que intenta comprar, y se tolera fácilmente que emplee todos los medios de fijar las miradas.

Andrés atravesó el estudio y la sala de comer, y se detuvo en el gabinete del dueño; allí encontró un sillón desocupado, tomó asiento y prestó oído á lo que se cantaba en el salón; sin embargo, sus ojos no quedaban ociosos, y le parecía por una ilusión extraña que los personajes que le rodeaban no le eran desconocidos, sin que le fuese posible adaptar á ninguno un nombre propio ni acordarse dónde le había visto.

Uno de aquellos se decidió á levantarse y se le acercó.

—Caballero, ¿no se *acuerda* Vd. de mí?

—No señor.

—Yo me llamo N...

—Ese nombre me es enteramente desconocido.

—Vivo en la calle de Quincampoix.

—No puedo decir en qué parte del mundo se encuentra esa calle.

—Soy el encargado del asunto de Grangé.

—¡Ah! muy señor mío, ahora os reconozco perfec-

talemente; vos sois quien me ha causado ciento ochenta francos de costas por un miserable billete de cincuenta y cinco; me alegro mucho de echarme á la cara vuestra interesante fisonomia.

—Os he escrito esta mañana.

—¿En papel timbrado?

—No: os advertia que solo me resta hacer publicar la venta de vuestros muebles, si dentro de tres dias no solventais esa pequeña deuda.

—¿Os parece, amigo, dijo Andrés, que la música de *La Judía* sea verdaderamente música?

Volvióle la espalda y atravesó la pieza dirigiéndose al salon.

La música habia terminado despues de durar mucho como toda música de salon; se iba á bailar y jugar. Algunos viejos y tal cual primer pasante sacaron á bailar á las mucháchas.

Casi todos los demás jóvenes se sentaron á las mesas de juego.

En este momento se dirigió Andrés á saludar á Mad. Lenoir y la dijo:

—Desearia saber, señora, el nombre de un sugeto de poca estatura que me está observando desde que llegué, y sin embargo evita con cuidado que nuestras miradas se encuentren. Está al otro extremo; tiene vestido negro y un rostro muy pálido.

—¡Ah! contestó Mad. Lenoir, ese es M. Piaulard de Bourgueuf...

—Es cierto, repuso Andrés, ahora le reconozco perfectamente; está litigando contra mi en un pleito que sigo con motivo de la herencia de mi primo, le he oido informar poco tiempo hace en otro negocio, y sali dándome el parabien por la feliz casualidad que me le ha deparado por adversario; yo mismo no hubiera podido escogerle mas á mi gusto. Pero hé aquí otro semblante que he visto en alguna parte.

—Ese es un procurador y se dirige á vos, os dejo solos.

—¡Hola! amigo mio, dijo Andrés al recién venido: tengo un verdadero placer en encontraros aquí. La nueva entrada que haceis en el mundo me demuestra que vuestros negocios se hallan en el mejor estado, y que podreis satisfacer á una demanda que acabo de presentar contra vos.

Mientras pronunciaba estas palabras, el procurador iba haciendo inventario de su víctima; graduaba el valor de su elegancia, suponía el precio de su chaleco y corbata, apreciaba la finura del paño de su frac.

—¿Sabeis, añadió, que el juicio es ejecutivo?

—Y vos, caballero, contestó Andrés, sabreis sin duda que se ha puesto el sol...

En este momento M. de Lenoir vino á preguntar á Andrés si quería jugar.

Esta era su intención; pero habiendo tomado cartas el procurador, no osó aquel espouerse á mostrar algunos napoleones á la vista de su rapaz interlocutor, y respondió al abogado:

—Prefiero bailar.

Entonces se dirigió á sacar á una señorita. En la tanda en que se habia colocado, tenia de frente á M. Piaulard de Bourgueuf, que concluido el rigodon escribió en su cartera:

MEMORANDUM.

Esposos Sutteau contra Andrés.

«El pretendido legatario se pone á bailar dos meses despues de la muerte del testador, cuando sus cenizas, etc.»

Andrés, que no había bailado sino por no jugar^a se retiró á las otras piezas; pero cada personaje que encontraba le parecia un aguacil.

Si alguno sacaba el pañuelo del bolsillo, creia que aquel cuadrado blanco era un papel de requerimiento.

Su situacion no dejaba de parecerse á la de M. Porceaugnac entre los boticarios.

Cuando pasaba cerca de las mesas de ecarté, le llamó M. Lenoir.

—¿Quereis poner veinte francos por mí?

Andrés echó un luis sobre la mesa, y continuó su paseo.

Cuando volvió habia perdido el abogado, y M. Piau-lard acababa de escribir en su cartera:

MEMORANDUM.

Esposos Sutteau contra Andrés.

—Se puede esclamar: «¡Ah! señores, ¿y qué hará de esa fortuna el pretendido heredero, si se la entregais? él la derrochará en el juego, al cual está, etcétera, etc.»

—Perdeis sin inmutaros, dijo á Andrés el procurador de la calle de Quincampoix, que se habia acercado.

—Amigo, le contestó, ese dinero al menos no le atrapareis vos.

Dirigióse inmediatamente á la puerta de la salida.

—¿Qué! ¿os marchais? le dijo con amabilidad madama Lenoir.

—Sí, señora, os doy un millon de gracias por vuestro convite; la reunion está brillante.

Llovía á cántaros, y Andrés, viéndose en el portal, se felicitaba de no haber despedido el carruaje en que vino, cuando reconoció bajando tras de él al procurador que antes le interpeleara.

—Mal tiempo hace, dijo este, pero vivo cerca; y luego, como *no puede uno* retener el carruaje toda la noche... Si queréis atravesar la calle conmigo os prestaré despues mi paraguas.

Andrés no se atrevió á decir que tenia carruaje: este lujo casi hostil hubiera aumentado el furor de las persecuciones del curial.

Salió con él metiéndose en los charcos con sus zapatos de baile, y hasta que le dejó encerrado en casa no volvió á tomar su ciudadanía (1).

Al dia siguiente estaba constipado.

Al otro fué á ver á Mad. Lenoir, que le recibió con frialdad eludiendo toda ocasion de hablar de su negocio.

Una noche dijo Andrés á Rosa:

—Querida mia, tengo que hablarte seriamente. Si nos hubiésemos reunido por uno de esos amores que duran toda la vida, que ponen á los que los sienten al abrigo de toda desgracia, que no los separa nunca, yo te diria:

«Amada Rosa, estoy arruinado; he perdido el pleito; no me queda ningun recurso. No quiero ser la planta parásita de los que han sido las mias cuando tenia dinero. No me siento con el valor necesario para entrar de nuevo de pásante en un estudio, ni para presentarme pobre, avergonzado y mal vestido delante de mis émulos de locuras y disipaciones, que no han llegado todavia á donde yo. De toda mi fortuna solo me queda una friolera en Normandia, una especie de choza, compuesta de cuatro piezas y rodeada de manza-

(1) Carruaje de alquiler.

os. Esta es la que algunas veces me has oído llamarn en broma mi castillo de Roverchon. Voy á vender los muebles que aun adornan este cuarto, tan suntuoso en otro tiempo. Me queda todavía una pequeña deuda que cobrar. Partiré con mil francos; con mil francos se vive allí cerca de un año. En este tiempo encontraré medios de ganar otros mil. Viviremos aislados, lejos del mundo y de sus recuerdos.»

Pero, querida mía, nuestras relaciones no han sido mas que una asociacion de alegría, de placeres y de falta de cuidados. Yo no tengo ya ni alegría, ni falta de cuidados, y sobre todo no puedo ofrecerte placeres. Es preciso que nos separemos. Eres jóven y bonita; no te faltarán placeres y fortuna.

Rosa habia escuchado estupefacta las palabras de Andrés; reposó la cabeza entre las manos, permaneció algun tiempo silenciosa, y luego dijo:

—Vos no me amais, Andrés; pero yo os amo y no os abandonaré. Partiremos juntos. Seré castellana del castillo de Roverchon. Podemos llamarnos felices; hemos gozado de los placeres, que no nos abandonan hasta el momento en que los íbamos á abandonar nosotros por disgusto y fastidio.

Yo tengo joyas y con su valor pagaremos el viaje y nuestra instalacion en tu castillo, que ciertamente necesitará algunos reparos. Si es que el viento no se le ha llevado por entero, será posible que las cabras hayan roído las ramas del techado.

Habrá sin duda una multitud de razones que oponer á mi resolucion, pero todas deben ceder á esta sola: Yo te amo y no te abandonaré.

A pesar de tus ingeniosos ardides para ocultarme el desbarajuste de tus negocios; á pesar de la generosa bondad que te ha hecho sufrir solo, sin tus privaciones, hace ya mucho tiempo que yo lo habia adivinado todo; así es que mi resolucion no es un rasgo

de entusiasmo ni un movimiento irreflexivo que me pudiera arrepentir pronto. Es un pensamiento madurado y decidido mucho tiempo antes de hoy.

XII,

LO QUE CUESTAN 285 FRANCOS ADEMÁS DE SU VALOR
DE 300.

—¿Está M. Lenoble?

—No se ha levantado aun.

—¿Sabeis si tardará mucho?

—Ahí están algunas personas esperándole; si quereis hacer lo mismo...

Y Andrés entró en su comedor cuyo pavimento formaba cuadros blancos y negros, y que servia de antesala, donde se hallaban en efecto tres personajes que procuraban entretener el tiempo esperando a que M. Lenoble estuviese visible. El uno se paseaba á lo largo y á lo ancho de la pieza, tomando por distraccion el no pisar mas que en las baldosas negras. O ro se divertia observando los cuatro heterogéneos grabados que servian de adorno: el Robo de Europa, el soldado labrador, una Ninfa cazando y el Momento de acostarse la recién casada. Cuando habia dado vuelta á los cuatro, volvía á empezar. El tercero estaba sentado y representaba una escena semejante á la que hay en el *Bufo* y el *Sastre*, en la cual uno de los personajes, queriendo preparasse á una discusion importante, hace solo el ensayo en que representa su papel y el de su interlocutor, se dirige objeciones á sí mismo, y las refuta victoriosamente.

—¿Caballero, vos teneis una hija?

—¡Par diez! señor mio, bien lo sé.

—¡Ella es dulce y gentil, caballero!

—Señor, nada nos importa esto.

Parecia que aquel sugeto tenia que pedir á M. Lenoble un servicio que le importaba mucho obtener. De cuando en cuando se distinguian varias de las palabras que articulaba, especialmente las que ponía en boca de M. Lenoble, que suponía que era pertinaz, y hablaba con voz imperiosa mas alta que la suya, la cual era humilde y suplicante.

—Me es imposible conceder otro plazo.

—Pero, señor...

Yo comprendo vuestra posición, mas tengo necesidad de mis fondos.

—Y además, ¿Quién me responde de vuestra exactitud?

—Mi palabra, caballero.

—Ya me la habeis dado.

—Es cierto, pero las circunstancias...

—Pueden repetirse.

—Entonces...

En este momento se anunció que M. Lenoble se hallaba en su gabinete. El hombre del diálogo, que había llegado el primero, entró tambien el primero.

Estuvo cerca de media hora y salió rebosando alegría. Sin duda había obtenido lo que pretendía.

Estaba en turno para entrar el que contaba las baldosas negras. Un cuarto de hora despues M. Lenoble salió acompañándole.

—Señores, dijo á Andrés y al admirador de los grabados; tengo mucho sentimiento, pero me es indispensable salir y no puedo recibirlos hoy. Mañana me marcho al campo, y no vuelvo hasta pasado mañana; el dia despues estoy convidado á almorzar, y solo al siguiente es cuando podré tener el honor de escucharos.

—Pero mi querido M. Lenoble, dijo Andrés, esta es la cuarta vez que vengo...

—Lo siento verdaderamente, pero es imposible otra cosa. Hasta el sábado pues, señores, estoy siempre á vuestras órdenes.

Andrés acudió con exactitud, esperó hora y media, y fué admitido en el despacho de M. Lenoble.

—Mi querido Andrés, tengo un sentimiento en haberos hecho esperar; me hallo abrumado de negocios. Todas las mañanas estoy sitiado como habeis visto. Hace mucho que no os enconcomtraba por ahí. ¿Habeis estado en el campo? ¡Ah! sois cazador. Yo no, pero mi abuelo era muy aficionado. Mi tío, el difunto marido de mi tia Laura, que vive en mi compañía, era un cazador famoso. Recuerdo una historia que no creo haberos referido...

Cuando Andrés habia hecho el cálculo de los fondos con que contaba, dijo para sí: un billete de trescientos francos que me hará efectivo M. Lenoble; son trescientos.

Mas en el momento de hacerle la proposicion de pagar el billete, comenzaba á presumir una parte de las objeciones que podia presentarle y aunque Lenoble le hubiese ya referido la historia de su tío, se resignó á sufrir de nuevo la narracion.

—¿Puedo seros útil en alguna cosa? le dijo en fin aquel.

—Es una vagatela, contestó Andrés; un billete de trescientos francos que os estimaria me hiciéscis efectivo.

—¡Ah! dijo Lenoble, pago muy poco al presente: he tenido muchas pérdidas; *está tan malo el comercio....* Ayer mismo he hecho grandes desembolsos; no tengo metálico.

Al oír estas palabras, sintió Andrés en su interior un arrebató de indignacion por la cobardia con que habia escuchado la rancia historia de M. Lenoble.

—Sin embargo, añadió este, no quisiera rehusaros...

Un gato muy grande saltó entonces sobre las rodillas de Andrés y comenzó á mayar.

—Echadle abajo no os manche, dijo Lenoble.

Andrés con la esperanza habia recobrado toda su cobardía; se puso á acariciarle y hacer un exagerado elogio de su hermosura y de la suavidad de su pelo.

—Mas en este momento no tengo dinero.

Andrés arrojó el gato.

—Volved el dia cinco, procuraré satisfacer vuestros deseos.

Andrés iba á levantarse, M. Lenoble continuó el diálogo.

—¿Qué os haceis? Se dice que vivis con una cómica. Obrais mal; todos los hombres juiciosos os lo reprobant.

Andrés se puso encarnado de indignacion contra M. Lenoble y contra si mismo; de nadie hubiera sufrido semejante pregunta, ni una injuria tan directa; pero se contuvo pensando que era la última vez que tenia que pasar por esta humillacion.

—Sin embargo, continuó M. Lenoble, yo tambien he sido jóven, es decir, hasta los veintidos años: ¿dicen que es bonita? Yo la he visto una noche acompañándose, me pareció muy bien formada, sobre todo las caderas; ¿pero son naturales?

Y M. Lenoble entró en detalles escesivamente íntimos con respecto á Rosa.

Andrés dió al principio respuestas evasivas y embarazadas: despues no contestó. M. Lenoble mudó entonces de conversacion, preguntándole á que hora se retiraba, á cuál se levantaba por la mañana, qué comia, etc.

En fin, dejó marchar al desgraciado Andrés; cuando estaba en la escalera le llamó.

—Venios á comer con nosotros el dia 5; no habrá etiqueta; comeremos como todos los dias.

Andrés se acordó de que el día 5 debía llevar á Rosa á una casa de campo en que se habian visto por primera vez, y adonde probablemente no volverian. Sin embargo, no osó rehusar el convite de M. Lenoble.

Este le volvió á llamar.

—A propósito, vuestro amigo“ os suele dar billetes para el teatro: ¿podeis pedirle un palco para aquel dia?

El día 5 envió Andrés muy tarde en casa de su amigo, y no pudo conseguir el palco: á las cuatro se decidió á tomar uno en el despacho.

Concurrían á la comida M. Mma. Lenoble y su tia, con un señor desconocido para Andrés.

Al sentarse á la mesa dijo M. Lenoble á este en voz alta.

—Os tengo preparado el dinero. Enviad mañana entre ocho y nueve de la mañana.

A la mesa se habló de cosas indiferentes. M. Lenoble tenia grandes pretensiones de que acertaba el porvenir, y para no errar en sus profecías no las hacia nunca sino despues del suceso. Este método no es raro, y por su medio han adquirido muchas personas la reputacion de conocer perfectamente los hombres y las cosas, y de tener el golpe de vista exacto é infalible. Hé aquí la receta de estas reputaciones.

«Leeis en un periódico: la Rusia ha roto las hostilidades contra la Circasia.

»Muy bien. En vuestra vida habeis hablado de la Rusia, ni sabeis siquiera hácia qué parte del mundo está la Circasia; sin embargo decís á todo el que encontrais en la calle: yo habia profetizado bien que la Rusia atacaria la Circasia.

»Os cuentan que M“ ha muerto de ochenta años.

»No conociais á M“ y solo por el anuncio de su muerte sabeis que ha existido. Respondeis no obstan-

te: No me admira eso; yo habia dicho siempre que es sugeto viviria ochenta años.

»Algunas veces sosteneis con descaro á vuestro interlocutor que es precisamente á él á quien habeis dicho la cosa, fijais el dia, la hora, era durante la comida, en el café de Paris, estábais cerca de Tony, tenias un frac azul con botones dorados. Y el interlocutor acaba de convencerse de que es él el flaco de memoria, ó que le tomais por otro á quien habias hablado, en efecto, como decís.»

Pero nunca se habia encontrado M. Lenoble en una posicion mas ventajosa para adivinar y predecir un suceso cualquiera, que la que le proporcionaba la presencia de Andrés delante de él y su situacion de hombre agradecido que aun no habia recibido el beneficio. Conviene hacer notar que M. Lenoble cobraba á Andrés bajo diferentes pretestos el ocho por ciento de descuento, que era la tasa legal en su mayor estension; que aquel era un negocio en que el comerciante hacia una ganancia, y que esta no pasaba á la clase de servicio sino porque placia á M. Lenoble darla este nombre.

—¿Con que vuestro amigo““, dijo este, no ha proporcionado palco? yo lo habia previsto ya, ¿Os acordais, M. Andrés, que os lo dije un año hace?

—Ciertamente, contestó Andrés, que no habia visto á M. Lenoble quince meses hacia.

—Cuando uno tiene un poco de tacto y de experiencia, repuso el comerciante, cuando se está dotado de un juicio sano, de un golpe de vista seguro, hay pocas cosas que puedan causar admiracion. Los sucesos mas imprevistos se me han presentado como indispensables con tanta anticipacion que los considero consumados antes que empiecen á manifestarse. M. Andrés puede decir si en 1827 no habia yo anunciado los acontecimientos de julio de 1830.

Al decir esto miraba á Andrés como esperando su contestacion.

—Es cierto, dijo este.

—Yo no le preciso á que me apoye, añadió Lenoble.

Recayó la conversacion sobre la amistad.

—Por mi parte, dijo el comerciante, bien sabe M. Andrés que soy servicial. Andrés se inclinó en señal de asentimiento.

—Pues bien, continuó aquel, siempre han sido ingratos los que han recibido mis favores.

M. Lenoble no queria decir que sus servicios fuesen en general semejantes á los que hacia á Andrés. La mayor parte de los hombres, aun los que dispensan favores verdaderos, los hacen caer desde tan alto sobre la cabeza de sus protegidos, que los descalabran comunmente, y no solo no obtienen reconocimiento, sino que no pueden conseguir que se les perdonen sus beneficios. La recompensa de un favor debe ser la grata emocion que ejerce sobre el que le recibe y la satisfaccion interior que experimenta. No me fio yo de los que se descargan por medio de palabras del reconocimiento que no quieren guardar en su corazon.

Despues de comer salieron todos para ir al teatro. El señor desconocido ofreció su brazo á Mma. Lenoble, que era una mujer chiquita, regordeta, encarnada y no despreciable. Andrés tuvo que cargar con la señora Laura. Hacia buen tiempo, no estaban lejos del teatro y fueron á pié.

Andrés, preocupado, como se puede presumir, pensando en el momento de dejar á París para siempre y adoptar una existencia que se le figuraba todavía un sueño, se vió obligado á hacer los honores de su palco, que para Mma. Lenoble *no estaba bastante frente á la escena*. Fué preciso decir á la señora Laura el nombre de todos los actores y responder á las preguntas de M. Lenoble sobre las intrigas y aventuras de

las actrices, pues él no había podido permanecer nunca un acto entero sin salir del palco, sino cuando tomaba el partido de dormirse en un rincón.

En este punto había adquirido una facultad envidiable.

Cuando veía que se preparaba una de esas escenas eternamente reproducidas en el teatro, eternamente fastidiosas y eternamente aplaudidas; cuando se decía en la tragedia:

Ya te lo he dicho y quiero repetirlo, etc.

O bien:

¿Te acuerdas aun de la famosa jornada? etc., ó cuando en la comedia se aproximaban dos sillones, al solo anuncio de un largo y pesado diálogo, se recostaba en su rincón y se dormía profundamente.

Cuando salieron llovía mucho; entraron en un carruaje y M. Lenoble indicó las señas de su casa, aunque Andrés vivía más cerca del teatro. Se apeó con su mujer y su tía, y dijo á este:

—Tened la bondad, mi querido amigo, de *dejar* al señor en su casa. Hasta mañana; no le olvidéis.

—¿Dónde vivís? preguntó Andrés á aquel señor.

—Calle de las tres Coronas.

Había legua y media para ir y otro tanto para volver.

Andrés llegó á su casa á la una y media.

Al siguiente día por la mañana recibió de M. Lenoble doscientos ochenta y cinco francos.

XIII.

MILE. JENNY MATHIEU Á EMELINA LENOIR.

«Hace mucho tiempo, mi querida Emelina, que no había recibido carta tuya, y mas de una vez te he acusado en mi interior de que distraida con los placeres de Paris, te olvidabas de las pobres campesinas desterradas en una aldea á la orilla del mar. Te doy mil gracias por tu carta y por lo que en ella me cuentas. Por mi parte no sé qué decirte: hace año y medio que dejé á Paris, y desde entonces mi vida ha sido monótona y tranquila mas de lo que pueda imaginarse. Tú sabes que ha pasado año y medio desde la noche que vimos en tu casa á aquel hermoso jóven triste y pensativo, á quien tu padre debia ceder su estudio y que ambas suponiamos destinado para ser tu esposo. A propósito de él, te voy á referir una cosa que me llamó mucho la atencion hará como un año.

»Estábamos desayunándonos en nuestro hermoso comedor cuando se presentó un gran perro leonado que vino á instalarse junto á mí, y tomó con franqueza algunas frioleras que le daba. Tenia unos ojos vivos é inteligentes; mi padre, que en sus tiempos ha cazado mucho, le admiraba como buen conocedor, y decia:

—»Es uno de los mejores perros que he visto; no hay en toda la Francia otro como él.

»Oímos un silbido prolongado: el perro dejó el hueso que roía en aquel momento; se volvió hácia la puerta que estaba cerrada, y viendo abierta la ventana, que por fortuna no tiene mas que seis ó siete pies de cle-

vacacion, se arrojó por ella con la ligereza de una corza y no se le volvió á ver.

—¿De quién es este perro? preguntó mi padre al criado que nos asistia.

—»De uno que vende ánades.

—»¿Viene á menudo?

—»Casi todos los dias.

—»Me llamareis cuando esté ahí.

»Tres ó cuatro dias despues, estando tambien desayunándonos, vinieron á decir á mi padre que el vendedor de ánades estaba en la cocina; él ordenó que le hicieran entrar.

Apenas le miró me pareció que le habia ya visto en otra parte. Era un jóven alto, de unos treinta años, curtido por el viento y el sol, que se producia muy bien y eludia todas las preguntas con mucho talento: sólo se le pudo sacar que vive á tres leguas de Tronville en una pequeña casa de su pertenencia; que conoce en estas cercanias un estanque lleno de ánades silvestres durante el invierno; y que para suplir á la falta de caza en esta estacion, ha cogido algunos vivos, los cuales comienzan á hacerle buena cria y le permiten continuar su comercio todo el año.

—»¿Sois de este pais?

—»Aquí he nacido.

—»Mas por vuestro lenguaje se conoce que recibisteis una escelente educacion.

—»Sin embargo, por esto no soy peor cazador.

»Hizo un saludo y se retiró.

»Hasta despues que se habia marchado no pude recordar á dónde le habia visto y lo dije á mis padres, los cuales se rieron mucho llamándome loca. Sin embargo, sus maneras distiuguidas, el misterio con que encubre su vida pasada, y sobre todo, la semejanza de su nombre casi les hizo convenir en mi modo de pensar. Hemos sabido que el vendedor de ánades se llama *Andrés*.

»Ha vuelto algunas veces y una de ellas trató mi padre de hacerle preguntas, pero él se marchó y desde entonces no quiere entrar ni aun en la cocina para vender sus aves. Despues no nos hemos vuelto á ocupar de él.»

XIV,

EMILINA LENOIR Á JENNY MATHIEU.

«¡Qué cosa tan singular, Dios mio! ¡mi querida Jenny! ¿Con que es M. Andrés á quien has encontrado en Tronville en semejante situacion? Cuando tu le viste en mi casa habia ya algunos años que yo le conocia. En aquella época habia sufrido su fortuna grande alteracion, yo lo sabia; pero dos años antes era uno de los jóvenes mas elegantes de Paris. Tenia hermosos cabellos, y se le encontraba por todas partes siempre brillando, siempre notable entre los demás por su gracia y por un si es no es de impertinencia que no era del todo fastidioso.

»Te confieso, mi querida Jenny, que sin estar lo que se llama *enamorado* de M. Andrés, no dejaba de ocuparme de él, y además me habia parecido, por algunas circunstancias aisladas, que mi familia tenia intenciones respecto de dicho jóven, y que él mismo paraba bastante en mi su atencion. No ha llegado á tratarse de matrimonio, ó mejor dicho, jamás se pensó en este matrimonio que yo acaso habia soñado. No crei que debia morir por esto de dolor; ni me impedirá que me case con otro; pero M. Andrés jamás me será del todo indiferente, y cualquiera cosa que me hace presente su memoria tiene para mí algo de interesante y triste á la vez.

»Vé aquí, mi querida Jenny, lo que quiero que hagas por mí. Es evidente que no te has engañado: M. Andrés dejó á Paris quince meses ha, y nadie sabe que ha sido de él. Por otra parte, tenia yo noticia de qué pesca en Normandia una pequeña propiedad que llamaba él chanceándose su castillo de Roverchon.

»Andrés es desgraciado: infórmate de él, dame todos los detalles que puedas procurarte, yo tengo dinero y haremos que lo reciba secretamente.

»Cuento contigo, mi amada Jenny, para la ejecucion de mi encargo y tambien para brevedad de esta ejecucion.»

XV.

JENNY MATHIEU Á EMILINA LENOIR.

«Hé aquí, mi querida Emilina, todos los detalles que he podido obtener; ellos probablemente te van á afligir, pero de nada hubiera servido el ocultártelos, y por otra parte haciéndolo privaba de tus socorros á una persona que lo necesita.

»Hace cerca de año y medio que vino un jóven á visitar una mala casa abandonada mucho tiempo habia, situada en medio de una pequeña pradera, con la cual formaba una propiedad bajo el nombre epigramático de castillo de Roverchon. El techo estaba hundido; las puertas fuera de sus quicios. En pocos dias consiguieron unos obreros hacer casi habitable aquella pobre merada, y el jóven se instaló en ella con una muchacha tambien jóven y bonita, á quien llamaba Rosa. Los vecinos se ocuparon mucho de ellos por algun tiempo. No se tardó en conocer que eran muy

cortes y serviciales. Por otra parte, aquella era la época de la recolección de las manzanas y de hacer la sidra; por consiguiente se dejó de pensar en ellos. No obstante, bien pronto se volvió á hablar del vecino Andrés; se le citaba como el mejor cazador del país, y no se tardó mucho en verle ir á vender la caza que mataba á las poblaciones inmediatas. Especialmente se dedicaba á las aves de paso, cuya caza es de las más cansadas: se hace en el invierno, por la noche, y á cada instante hay que meterse en el agua hasta la cintura; era este un oficio bastante penoso para un joven acostumbrado á todas las comodidades y á toda la elegancia de la vida. Pero lo que apesadumbraba más á M. Andrés, era su perro Black. Black era un perro de llano y de montaña; un *husmeador escocés*, como dice mi padre, y estos perros no traen la pieza ni se meten en el agua, especialmente en el invierno. El pobre Black, arrastrado por la afición á la caza y por la lealtad que tenía á su amo, atravesaba no obstante los arroyos casi helados para levantar la caza en los lugares á que no podía llegar Andrés; porque él evitaba este trabajo á su perro siempre que el agua no estaba muy profunda y podía ir por sí mismo. Cuando volvían á casa, encendía Rosa un gran fuego para que ambos se calentasen, los cuidaba y los disponía la comida.

»Un día que Andrés estaba muy cansado, quiso salir ella misma á vender la caza; pero algunas expresiones atrevidas que la dirigieron la causaron tanto miedo, que no osó hacerlo otra vez.

»En sus expediciones había hecho Andrés conocimiento con algunos otros cazadores, que menos hábiles que él, le envidiaban admirándole.

»Una tarde encontró á uno que no había visto mucho tiempo hacia.

—»Hola, amigo, le dijo Andrés, ¿habeis estado malo? No se os vé por ahí.

—»No, respondió el otro, pero he abandonado el oficio de perros que tenia; ya no soy cazador, soy contrabandista; es verdad que me espongo á algunos meses de prision y al decomiso de las mercancías, pero estas no son propias, y el prenderme no es tan fácil. En cambio gano buen dinero, vivo con comodidad, y no cojo reumatismos. Vos sois fuerte, listo, buen corredor; deberiais haceros de los nuestros, no os habia de ir mal.

—»Ya veré, respondió Andrés: y no volvió á pensar en ello.

»Mas no tardó en sentir los primeros anuncios del reumatismo y de los agudos dolores que debia producirle necesariamente una vida semejante. Rosa le prodigaba todos los cuidados posibles. Algunas veces le decia:

—»No quiero que vayas mas á caza.

»Pero tenia que ceder á la necesidad, y Andrés salia al dia siguiente. Sucedió una noche, que habiendo matado Andrés un ánade, Black no quiso ir á buscarla. Su amo le dijo severamente:

—»¡*Al agua!*

»Black llegó hasta la orilla, le miró con aire suplicante, y se echó en tierra. Andrés observó á dónde habia caido la pieza; habia mucha agua para que pudiese él mismo ir á buscarla; se volvió hácia su perro y le repitió con cólera:

—»¡*Al agua!*

»Hay momentos en que los mejores corazones se irritan contra la compasion que se les inspira, ó mas bien contra la impotencia en que se hallan de aliviar a desgracia que tienen á la vista.

Black entró en el agua, y volvió con el ánade, pero estaba atacado de un temblor convulsivo que conservó hasta llegar á casa; en vano le calentaron al fuego frotándole con aguardiente; el pobre animal si-

guió temblando por espacio de dos días, y el tercero por la mañana se le encontró muerto.

»Solo los desgraciados saben hasta qué extremo se puede querer á un perro.

»Yo recuerdo, querida Emelina, una época en que estaba muy triste porque era infeliz; cuando me veia llorando mi perrita Zoe, que á su vez me ha hecho llorar mucho por su muerte, aquel animalillo se me subia en la falda y se mostraba mas cariñosa que de ordinario; yo besaba con ternura su linda cabecita, suave como la seda.

»La muerte de Black trajo la tristeza á la cabaña, y cuando Andrés vino á nuestra casa á vender sus ánades, preguntándole el criado cómo no le acompañaba el perro, respondió.

—»;Ha muerto! Y se puso á llorar.

»Cada vez padecia Andrés mas de sus dolores; el pobre jóven se habia puesto pálido y andaba encorvado como un viejo.

»Un dia encontró al contrabandista.

—»Cuando querais seré de los vuestros, le dijo.

»Desde entonces hizo el contrabando, ganando mas dinero con igual trabajo; pero era un trabajo de que reposaba en el sueño, y que no le producía agudos dolores. De cuando en cuando se le veia por aquí, venia á vender tabaco, loza inglesa y encajes, y siempre traía alguna fineza para Rosa, un sombrero, un prendido, etc.

»En una ocasion fué batido y preso por los aduaneros, y estuvo quince días en la cárcel. Rosa los pasó llorando. Cuando vino reflexionó con terror que era una casualidad que no le hubieran detenido por tres meses, y que en este caso Rosa habria muerto de hambre; desde este dia no volvió á salir sin su escopeta. En vano le suplicaba ella que no la llevase; temia sin duda alguna desgracia.

—»Querida Rosa, la respondia, vale mas que la des-

gracia les suceda á ellos que á mí; no me dejaré prender otra vez.

»Todavía volvió á ser sorprendido por los aduaneros, mas les infundió respeto echándose la escopeta á la cara. Uno de ellos se adelantó y disparó su fusil; Andrés corrió á él y le derribó de un culatazo; en seguida se escapó.

Una tarde hacia un tiempo magnífico; el sol se iba sumergiendo en el mar, frente de Trouville; todo el horizonte estaba iluminado de un resplandeciente fulgor amarillo; veíanse destacar en negro sobre aquel fondo brillante los contornos de los barquichuelos de pescadores con sus velas cuadradas. Rosa había querido salir acompañando á Andrés.

—»Tú has visto á *Trouville*; aun debias volver este verano á tomar baños: no he perdido las esperanzas.

»Llegaron á lo alto de la cuesta, al punto del camino de Houffleur, en que este se divide en dos, uno que se prolonga todavía antes de descender á Trouville, y el otro que baja derecho á Vielville, que está como un nido de agua-nieves á la orilla del mar, y allí hay un destacamento de aduaneros.

»Muchas veces hemos paseado juntas por esta costa, en la cual, por encima de los setos coronados de espinosos acebos se vé en lontananza el mar, que se confunde con el cielo en el horizonte.

»Bien te acordarás que por este sitio hay en la tapia de un jardín un nicho con la imagen de la Virgen.

»Andrés tenia los ojos fijos en el mar para no perder de vista un barquichuelo mas estrecho que los otros; aquel barco era de un contrabandista que huía de tierra despues de haber abordado y escondido en la parte inaccesible de la costa, en un sitio convenido, el cargamento que debian recoger Andrés y sus compañeros.

—»Ahora, dijo este á Rosa, vuélvete á casa, ya se

acabó de poner el sol, y tengo que ocultarme entre las rocas.

—»Me dá miedo esta noche, dijo Rosa; debias verte conmigo; todavia nos queda algun dinero y podias descansar por hoy.

—»Me es imposible, querida Rosa; se cuenta conmigo; lo ves, la mar está bajando; tengo que tomar mi camino por lo mas escarpado de la playa; adios.

»Rosa quiso detenerle, pero fué en vano. La dió un beso en la frente y bajó, no por el camino de Trouville ni por el de Vielville sino atravesando campos y saltando vallados.

»Rosa le siguió con la vista todo el tiempo que le fué posible: despues se puso de rodillas y dirigió á la Virgen que habia en el nicho una ferviente oracion, acabada la cual se volvió lentamente á casa; allí el cansancio del paseo no tardó en adormecerla mientras repetia su oracion á la Virgen.

—»Santa Maria, madre de Dios, decia, velad por él; Santa Maria, compadecéos de mí; yo no sé lo que vá á pasar, pero tengo un presentimiento de que le sucederá algo malo: Dios mio, ¿qué será de mí? ¿qué hará en este momento? Quizás se estará batiendo, ó caerá herido...

»Lloró largo rato, y luego se durmió postrada de fatiga.

»Al mismo tiempo Andrés se iba escurriendo por entre las rocas hácia el sitio de la cita, escuchando en medio de la oscuridad para oír la imperceptible seña por la cual se reconocian los contrabandistas; de pronto se detuvo y prestó oido: aquella era la seña; respondió y permaneció inmóvil. Entonces vió dos cabezas y brillar sus ojos; oyó ruido detrás de sí y se volvió; era tambien gente que se levantaba de la tierra por aquel lado; se veian pues cuando menos cuatro personas, y sus compañeros no debian ser mas que dos; ¡estaba vendido! Apenas tuvo tiempo de reflexionarlo,

cuando advirtió que se acercaban á él. Lanzóse, echó á tierra de un culatazo á uno de sus agresores y se puso á huir. Le soltaron dos tiros sin acertarle, pero sirvieron de señal á los otros aduaneros. Andrés trepó el derrumbadero por una senda que nadie había osado tentar nunca. Al llegar á lo alto fué cogido por dos hombres armados, de los cuales se escapó dándoles una sacudida violenta: despues siguió corriendo á través de los vallados, jadeando y deteniéndose por momentos á escuchar, hasta que llegó al sitio en que había dejado á Rosa, cerca del nicho de la Virgen. Allí se detuvo y cargó su arma.

Los aduaneros no tardaron en alcanzarle, empeñóse un furioso combate en la oscuridad, murieron dos hombres: uno era Andrés.

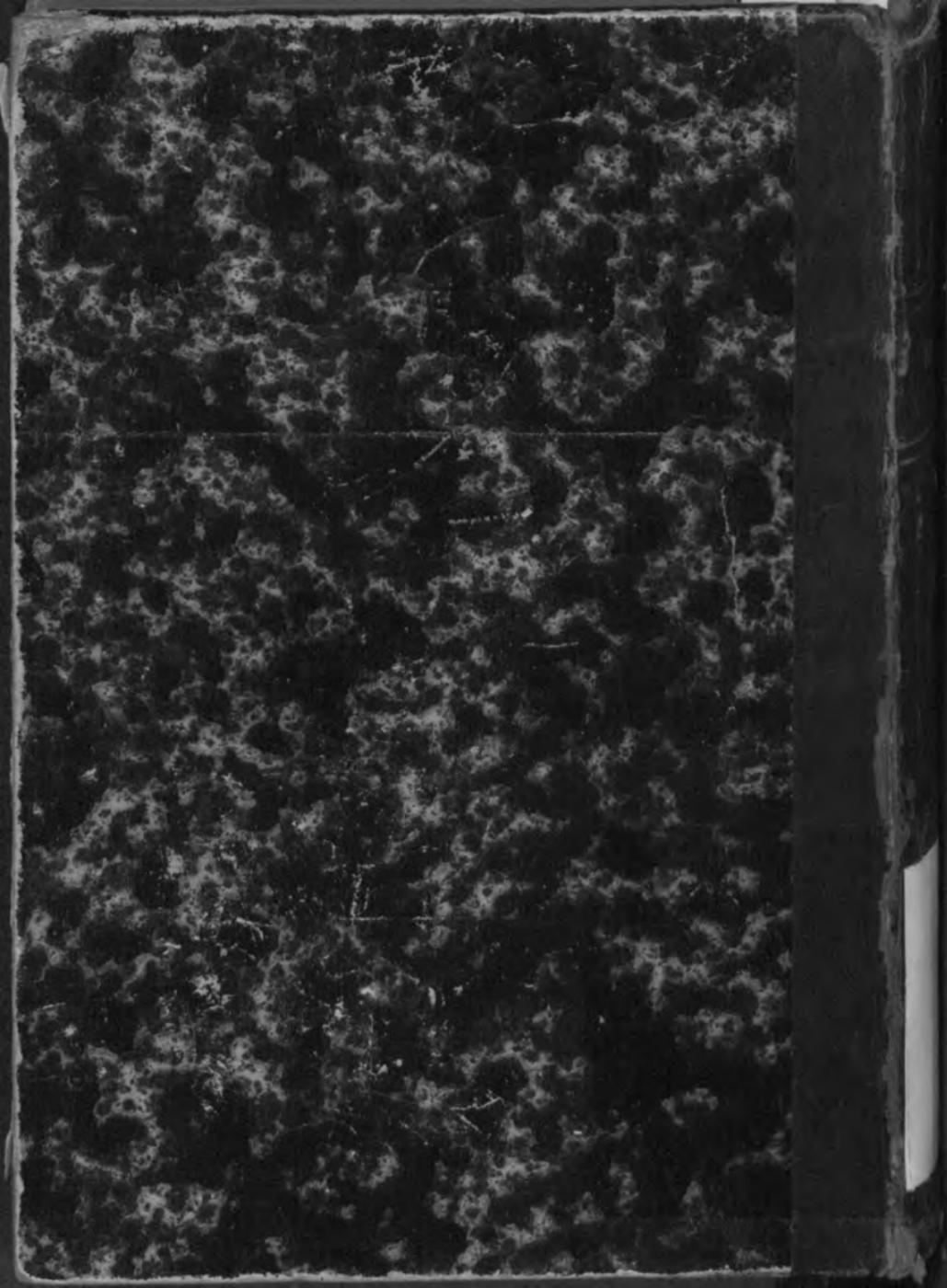
»Todo esto, querida Emelina, ha pasado hace unos ocho días. La desgraciada Rosa está inconsolable. Yo la he ido á ver ayer y la dejé algun dinero; pero esto no pasa de ser un socorro de poca duracion. La he hablado, es una jóven amable y dulce, cuyo corazon está ya lleno de pesar para toda su vida: tengo deseos de traérmela á mi casa.»

FIN DE ANDRES









NOVELAS

G 596884